

LO SAGRADO DETRÁS DE LO MARAVILLOSO: UNA LECTURA ASCÉTICA DE LA NAVIGATIO SANCTI BRENDANI.

Por Exequiel Monge Allen*

* Exequiel Monge Allen es estudiante de Licenciatura en Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Contacto: monge.exequiel@gmail.com

La presente ponencia conforma parte de un estudio titulado “El viaje al paraíso. La espiritualidad céltica a luz de la Navigatio Sancti Brendani”, publicado por la revista electrónica *Historias del Orbis Terrarum* (Núm. 3, Santiago, 2009). Por otra parte, también se presentó en el Coloquio “Mosaicos del Mundo Medieval”, organizado por la revista electrónica *Historias del Orbis Terrarum* en la Pontificia Universidad Católica de Chile, durante el segundo semestre del año 2009.

El objetivo de la presente investigación ha sido profundizar la dimensión espiritual y ascética de la *Navigatio Sancti Brendani*¹, una de las más célebres piezas de la literatura irlandesa medieval. Esta obra, escrita en el siglo IX por un autor anónimo que con certeza reunía tradiciones anteriores, narra la historia de la travesía que san Brendan († 577), abad del monasterio de Clonfert, emprendió con un grupo de monjes entre 512 y 530, a través de las aguas desconocidas del Atlántico, hacia la *Isla de la Promisión de los Santos*. Pero no se trata de un viaje común hacia una tierra común: en el mar encontrarán doce islas, pobladas con extraños y diversos personajes.

Brendan y sus compañeros tienen una orden que obedecer: entre las doce islas, cuatro han sido señaladas por los mensajeros de Dios para que ellos celebren ahí las grandes fiestas litúrgicas, durante siete años: al cabo de los cuales, obedecida esta orden, encontrarán la Tierra de la Promisión de los Santos.

Este viaje maravilloso, en que el héroe y los suyos son arrastrados a través de maravillas y peligros hacia un destino fabuloso y paradisíaco, nos parece similar al de

¹ Para efectos de esta presentación, así como para la investigación que la motivó, me referiré a la traducción de la fuente hecha por Francisco Javier Gil Chica, de 2007, basada en la edición electrónica de Guy Vincent, que es a su vez traslación del manuscrito de la Biblioteca de d'Alençon.

Odiseo, y muy lejana en cambio de las hagiografías contemporáneas y de la literatura ascética del mundo monástico; y es por esto que la erudición ha tendido preferentemente a ubicar la *Navigatio* en el género literario de los *immrama*, los relatos de viaje de la tradición céltica. San Brendan sería la máscara cristiana para un héroe como los de antaño, viajero audaz y poderoso, protagonista de fascinantes aventuras.

¿Pero puede ser esta la última palabra acerca de la *Navigatio Sancti Brendani*? ¿Cabe situarla dentro del gran género de los relatos de viaje, de los libros de maravillas, de las leyendas de lo exótico? ¿Es realmente San Brendan un héroe celta disfrazado de monje cristiano?

Para responder esta pregunta, debemos adentrarnos en la civilización que dio origen al personaje y al relato.

Irlanda, durante los primeros siglos del medioevo, estaba lejos de ser una región marginal. En medio de las convulsiones de la época de las invasiones, en la lejana y aislada isla florecía una civilización nueva, no romana, sino céltica y cristiana. Los antiguos clanes guerreros habían recibido a los misioneros, y éstos habían creado una iglesia adaptada a las necesidades de ese mundo rural y tribal: una iglesia no urbana ni diocesana, sino monástica (hasta el punto de ser una iglesia realmente organizada y controlada por monjes). Esta Irlanda fue la que produjo las grandes joyas de la orfebrería, la maravilla de los manuscritos, la fascinante literatura heroica, y la personalidad de hombres como san Columbano de Bobbio² y Juan Escoto Eriúgena.

Luego, siendo nosotros parte de una civilización que no ha visto ni comprende el monacato, se revela necesario el profundizar en los ideales y las razones del movimiento ascético, particularmente en su expresión occidental.

El ideal del monacato es la perfección: es la unión total del alma con Dios. El método para alcanzar ese estado es la adhesión total de la libertad a la obra redentora de Cristo. Pero esta libertad es la que el cristianismo considera herida por el Pecado Original:

² San Columbano, por su larga peregrinación, encuentra su nombre asociado a numerosas localidades en Europa. Así pues, éste Columbano es el mismo Columbano de Kildare o Leinster (su lugar de nacimiento), de Bangor (el monasterio irlandés donde se formó y donde vivió hasta los cincuenta años) y de Luxeuil (la más célebre de sus fundaciones francesas). Paolo Gulisano, en su biografía del santo, lo llama acertadamente “San Columbano de Europa”.

entonces, la recuperación de la propia libertad es una lucha intensa contra aquello corrupto que hay en el alma, contra la mancha del pecado que impide al hombre seguir a Dios. *Milita est vita hominis super terram*³. La penitencia, que es el rasgo distintivo del monacato, es la forma de esa lucha: la lucha contra la enfermedad espiritual del pecado, y contra el diablo, su principal promotor. Pero, ¿en qué consiste la penitencia? La penitencia es el reconocimiento de que en el hombre hay algo débil, enfermo y torcido, que impide que las buenas intenciones y deseos lleguen a su objetivo sin dificultad. Es, por lo tanto, una exhortación constante a la vigilancia, a vivir la vida como tensión, a estar siempre dispuesto a cambiar para mejor: la vida como conversión constante, como interminable *metanoia*.

La forma de vivir la penitencia dentro de la espiritualidad monástica es ponerse bajo la autoridad de otro: el primer rasgo de la penitencia, el más importante y vital, es la obediencia. La obediencia es la virtud que marca la función pedagógica de la penitencia: es la autoridad la que sistematiza las demás formas de renuncia, ya sean vigiliias, ayunos o incluso castigos. Porque todas esas cosas, llevadas a cabo por un ermitaño autónomo, podrían llevar al peor de los males: la soberbia.

La espiritualidad céltica es de gran profundidad, precursora en cierto sentido del gran misticismo del mundo moderno. El ideal de santidad es la libertad total del espíritu, y la sumisión de todo el mundo físico, de todos los particulares, al deseo del alma. Por esto, es también una espiritualidad de la pobreza y de la virginidad, del desprendimiento: el monje debe renunciar a ser definido, a ser poseído por las cosas pequeñas de este mundo. No puede pertenecer a su nombre ni a su sangre, a sus riquezas ni a su casa, ni siquiera a una persona amada o a una familia. Depender de Dios, y no depender de nada más.

Todo esto era vivido igualmente por todos los monjes, por lo menos como ideal. Pero los monjes de Irlanda vivieron una forma extraña y particular de mortificación, una renuncia que no tiene precedente en otros lugares: el autoexilio llamado *peregrinatio pro Christi*.

El rasgo penitencial de estos viajes no puede dejar de sorprendernos. ¿Por qué sólo en Irlanda se dio este fenómeno tan peculiar? ¿Por qué los monjes de Irlanda, los santos de

³ Job 7,1.

Irlanda, decidieron renunciar también a aquello que los demás monjes del mundo, tan santos como eran, no renunciaron? Seguramente la encontremos en este otro poema monástico del siglo VI, atribuido a san Colmcille: *Que pueda ser mi nombre místico, yo digo / , Cul ri Erin* (“el que abandonó Irlanda); / *Que la contrición pueda venir sobre mi corazón cuando la mire*⁴. Los irlandeses vivían un aprecio por su tierra, por su hogar que era muy intenso. Así pues, existía un vínculo, un afecto mundano, un yugo terrenal que levantar aún después de abrazar la obediencia, la pobreza y la virginidad. Había que renunciar a Irlanda. *Ojos azules que volvéis la vista atrás, / a las gentes de Irlanda nunca más verán*,⁵ dice otro breve y conmovedor poema de la época. Así pues, viajar para no volver, es quizás el más arduo sacrificio. Por eso fueron pocos los santos que llegaron a esta altura, a este nivel de libertad, y fueron los más grandes santos de Irlanda: San Colmcille abandonó su natal Ulster para viajar a Escocia, donde fundó el monasterio de Iona, llevó a cabo la evangelización de los pictos, y murió lejos de Irlanda. San Columbano partió de la compañía de su maestro san Comgal, en Bangor, para dejar los huesos en la lejana Italia, donde descansan hasta hoy en el monasterio de Bobbio.

En este horizonte, no es difícil suponer el nexo entre esta espiritualidad del viaje, de la peregrinación ascética, y el relato de san Brendan. Adentrémonos ahora en él para distinguir en el héroe navegante al santo asceta...

De los aspectos de la obra que podrían profundizarse y de aquellos que efectivamente he estudiado, en esta presentación me detendré solamente sobre uno – a mi parecer el más significativo –, por razones de la extensión requerida.

El Santo

En Irlanda, estos ideales ascéticos se convirtieron en un motivo más para el auge del monaquismo. La tradición épica irlandesa honraba a los héroes, a los que imaginaba de

⁴ SAN COLMCILLE (atr.), publicado por SHARP, E. en *Lyra Celtica*, Ed. Patrick Geddes and Colleagues, Edimburgh 1896, p. 20. Traducción al español: Exequiel Monge.

⁵ ANÓNIMO. Publicado en: GALILEA, H. (selección y traducción), *Poemas monásticos de Irlanda*, Ed. Universitaria, Santiago 1976, p. 26.

tipos diversos (desde el belicoso Cu Chulainn hasta el noble Fionn McCumhail y el sabio bardo Amairgin). Al cristianizarse, Irlanda incorporó al santo asceta a su panteón de héroes, y lo puso en el lugar principal.

El santo irlandés es el guerrero consumado, el que ha superado la gran lucha de la vida, el que ha recorrido hasta el final el camino de la penitencia, y ha alcanzado una vida que es unión cotidiana y total con Dios. Sus marcas son la sabiduría (la profecía), el poder (los milagros) y la caridad (la ternura). No necesita de los demás hombres, pero permanece con ellos por amor, para custodiar y guiar su camino; preferiría la vida eremítica, pero vive en comunidad para ser padre espiritual de muchos hijos.

La *Navigatio Sancti Brendani* no es una *Vida*, como las de Colmcille y Columbano: no es una biografía pormenorizada. Empieza con una sencillísima descripción: “San Brendan nació en la región pantanosa de Munster, hijo de Finnlug Ua Alta, del linaje de Eoghan. Fue varón de gran abstinencia y muchas virtudes, patriarca de tres mil monjes”. No nos da explícitamente más datos sobre la vida de san Brendan, no enumera ni explícita sus virtudes, y no nos cuenta acerca de su muerte. A Brendan debemos conocerlo en una obra que no se ha propuesto dárnoslo a conocer. ¿Por qué debemos conocerlo? Porque como santo-héroe, como padre, como abad, es la figura mayor y principal del viaje penitencial del que participan los otros monjes. San Brendan, como titular de la autoridad, es el responsable por el éxito del viaje y el bien de sus compañeros.

La forma en que san Brendan ejerce la autoridad llama la atención: tras escuchar el relato maravilloso de Barinthus sobre el viaje a la Isla de la Promisión de los Santos, se dirige a sus monjes en éstos términos: “Compañeros míos amantísimos, espero de vosotros consejo y ayuda, porque mi corazón y todos mis pensamientos están puestos en un deseo. Si es la voluntad de Dios, es el propósito de mi corazón buscar la tierra *de repromisión de los santos* de la que nos habló san Barinthus. ¿Qué pensáis de ello y qué consejo podéis darme?”. Y la respuesta de los monjes: “Tú voluntad es la nuestra. ¿Acaso no nos separamos de nuestros bienes terrenos y pusimos en tus manos nuestros cuerpos? Estamos por tanto preparados para ir, ya sea a la vida, ya sea a la muerte. Nuestro deseo no es otro que la voluntad de Dios”⁶. La autoridad de san Brendan es total entre los suyos, pero no es

⁶ NSB III § 1.

despótica. Los otros son dóciles a su deseo. Es una obediencia que se vive dentro del conocimiento y del afecto.

Durante el camino, Brendan será el encargado de recordarles la gran lección del viaje: que están en las manos de Dios, y que todo depende de Él. Que cada uno de los pasajes que recorren, de los momentos que viven, es un gesto de Su pedagogía. Por esto, cuando tienen sed frente a la primera isla, es san Brendan el que les prohíbe beber antes de encontrar donde desembarcar: “Dios todavía no ha querido enseñarnos puerto y vosotros queréis aprovisionaros sin Su permiso”. Pero es también el que los envía a descansar cuando el momento de la renuncia y la fatiga ha terminado: después de haber comido el banquete misterioso servido por la misma providencia, con un ternura propia de un padre los envía: “Descansad; cada uno en uno de estos lechos tan bien dispuestos. Conviene reposar los miembros, tan fatigados de los últimos trabajos”⁷.

San Brendan, además de este rol pedagógico de tensión ideal – de marcar los momentos de rigor y de descanso para todos – también exhibe las características de la santidad que antes nombramos. Tiene el don de la profecía como signo de su sabiduría cumplida; con su fe puede incluso obligar a los demonios a obedecerle, pero más propia de su personalidad es la ternura con la que consuela al pecador arrepentido que está a punto de morir, como ayuda a los hermanos a subir al barco tomándolos de la mano, la forma en que honra a san Albes cuando lo encuentra, y el deseo que tiene de permanecer en aquel hermoso monasterio, viviendo la comunión que ha encontrado.

San Brendan es pues un santo irlandés con sus rasgos totalmente claros. El camino penitencial en él tiene un rostro totalmente humano: capaz de conmoverse con las cosas sencillas y bellas, capaz de compadecerse incluso de Judas quien sufre su merecido castigo, capaz de soportar los grandes sacrificios no con masoquismo o indiferencia, sino por el amor al contenido de la promesa.

Los monjes siguen a Brendan porque confían en la rectitud de su deseo: seguir al abad es dejarse guiar por una estrella confiable, por un corazón purificado que sabe que lo que desea y tiene la energía para seguirlo.

⁷ NSB VI § 2.

Como he adelantado, quedan fuera de esta exposición temas muy interesantes y reveladores: el rol de la providencia, el sentido de la liturgia, y por supuesto la naturaleza de aquel Paraíso hacia el cual Brendan y los suyos navegan. Pero en virtud de la síntesis, se ha debido dejarlos aparte.

Así pues, en Irlanda, la genialidad de los monjes permitió una síntesis verdadera entre la riqueza cultural del mundo céltico y la novedad espiritual del cristianismo, y el resultado fue el surgimiento de una civilización medieval con profundas raíces, cuya fe la historia ha probado muchas veces.

La *Navigatio Sancti Brendani* es en cierta forma un ejemplo de esta realidad “hipostática”: dentro de una forma tradicionalmente irlandesa, la épica del viaje del *imramma*, encontramos un nuevo contenido. Dentro de las formas del viejo heroísmo, encontramos el contenido del nuevo. La *Navigatio* es pues un *imramma* cristiano: todo irlandés, todo cristiano.